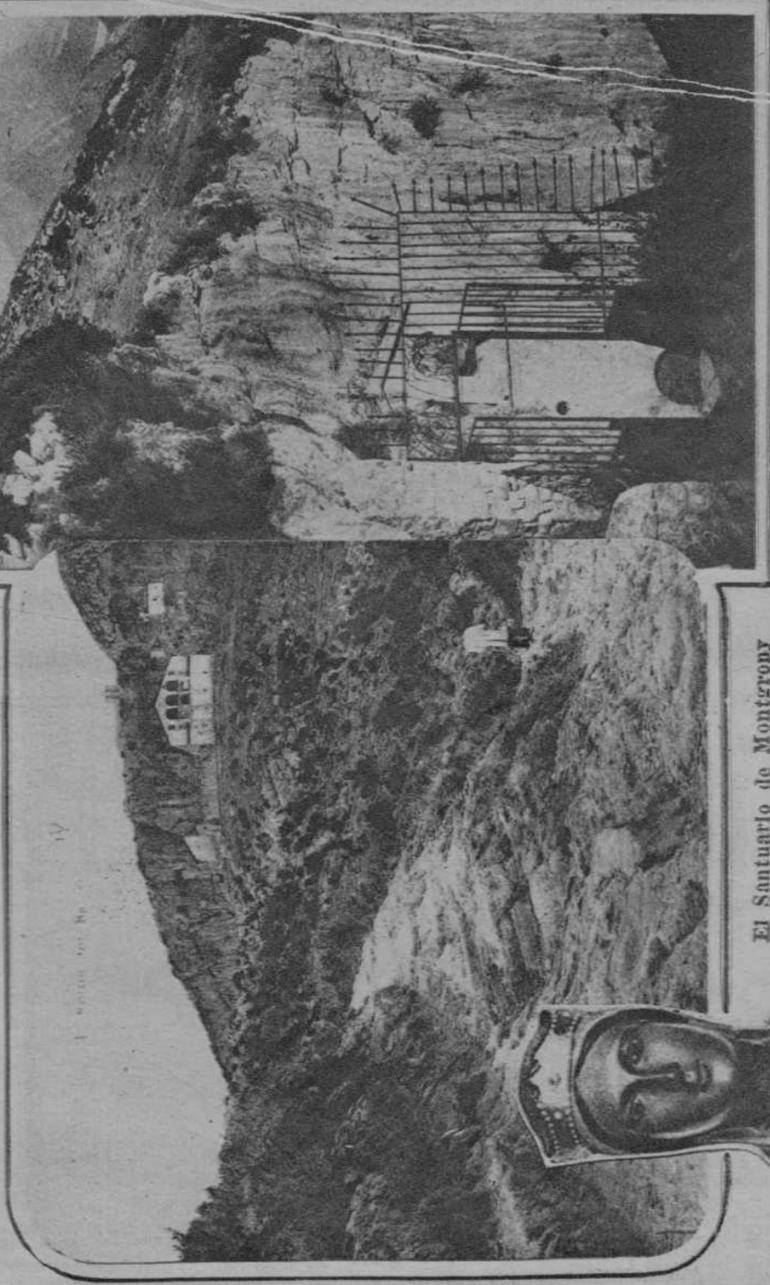


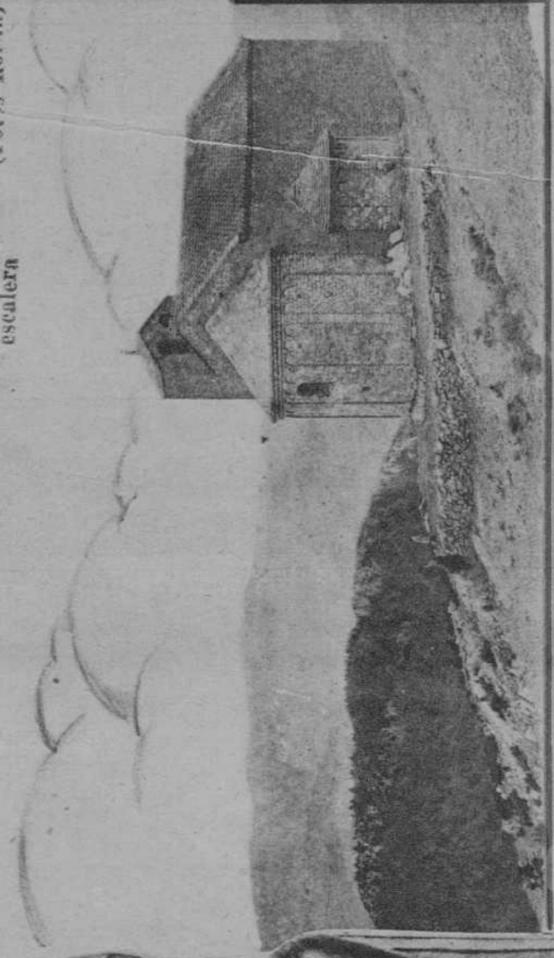
El famoso Santuario del Montigrony.

Lleno de soledades y de leyenda el Santuario de Montigrony, como la sierra, atrae a excursionistas y a enamorados de las tradiciones.



El Santuario de Montigrony

El portal de la escalera (Fot. J. Roisin)



La capilla de San Pedro

Nuestra Señora de Montigrony

(Véase el artículo de Jesús Pinilla, en estas mismas páginas extraordinarias)

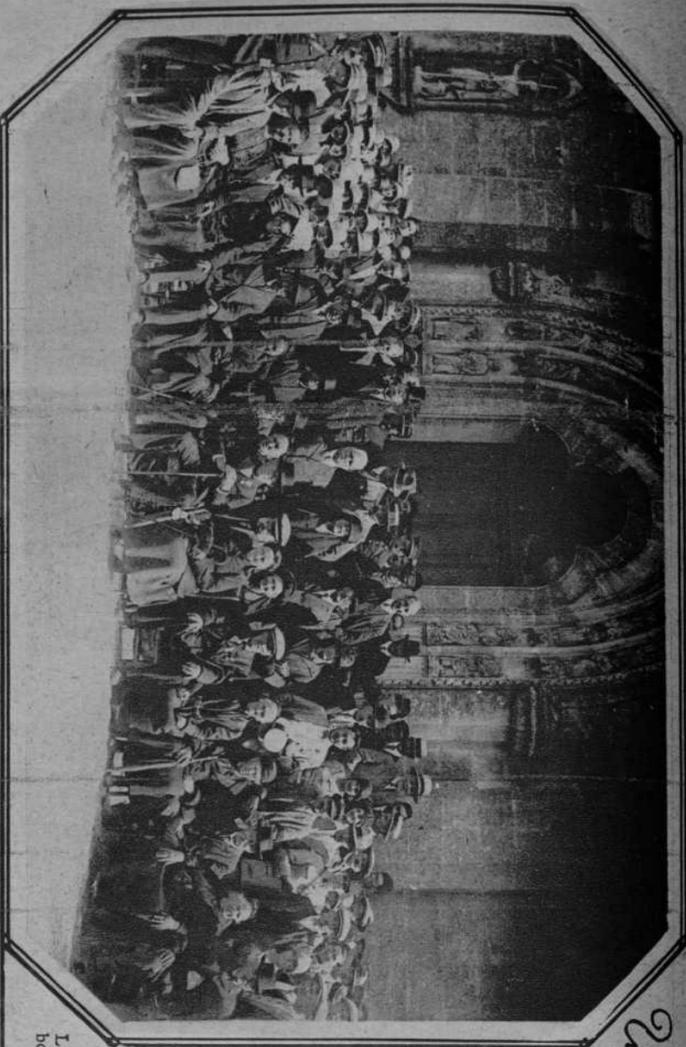
Nº 180

IPÁGINA EXTRAORDINARIA DE El Día Gráfico

SEPTIEMBRE 15 1929



LA MUJER BEDUINA. — Jerusalem tiene estos días un renombre sangriento. Arabes beduinos, contra Israelitas... He aquí una mujer beduina de Palestina, con su moño sobre la frente, su antifaz de modallas, su manto y sus innumerables collares. El polo opuesto de nuestras mujeres modernas

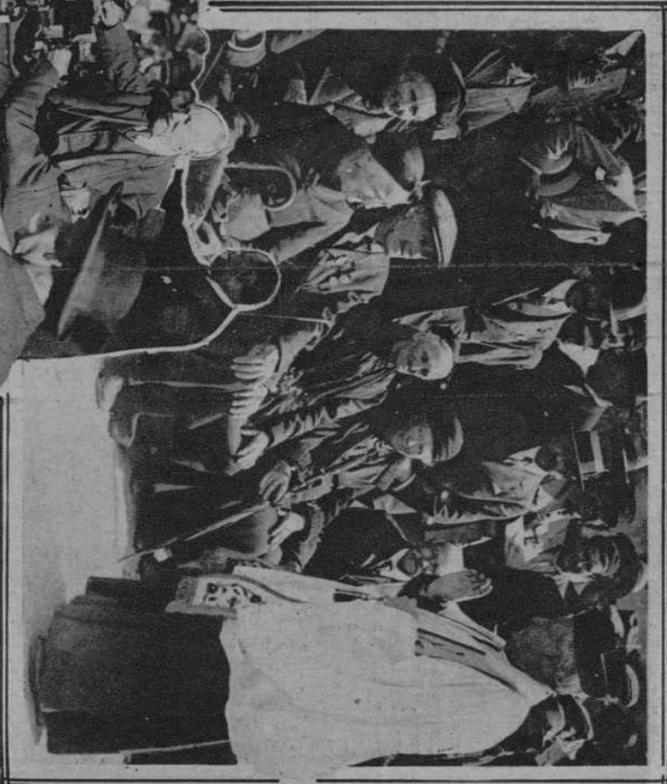


Una fiesta de la vejez que se convierte en una fiesta del vino

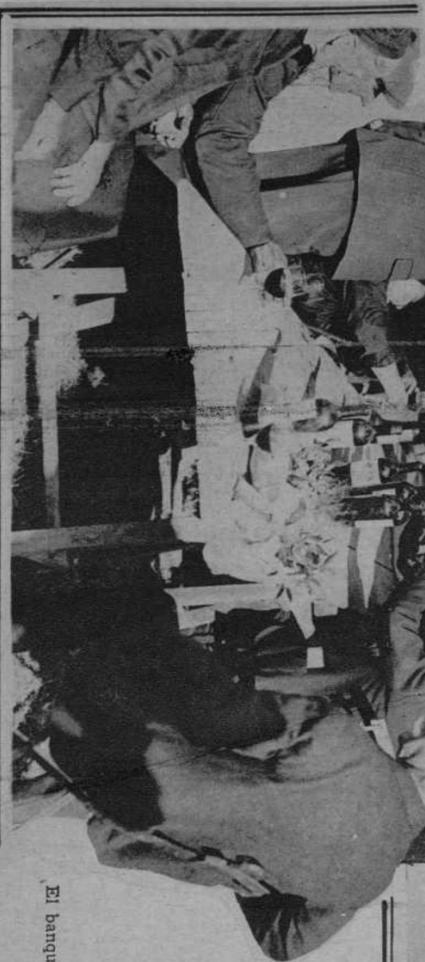
Los viejos que celebran sus bodas de oro agrupados en la plaza del pueblo

En el Medoc tierra francesa de buen vino famoso, se ha celebrado una fiesta de la vez original y simpática. En el pueblo de San Julián—Beychevelle—, se han celebrado, a un tiempo, unas bodas de diamante y trece bodas de oro. Precedidos por un cortejo de jóvenes, los viejos se dirigieron a la Alcaidía, primero, y a la Iglesia, después. El alcalde les echó un discurso y el cura la bendición.

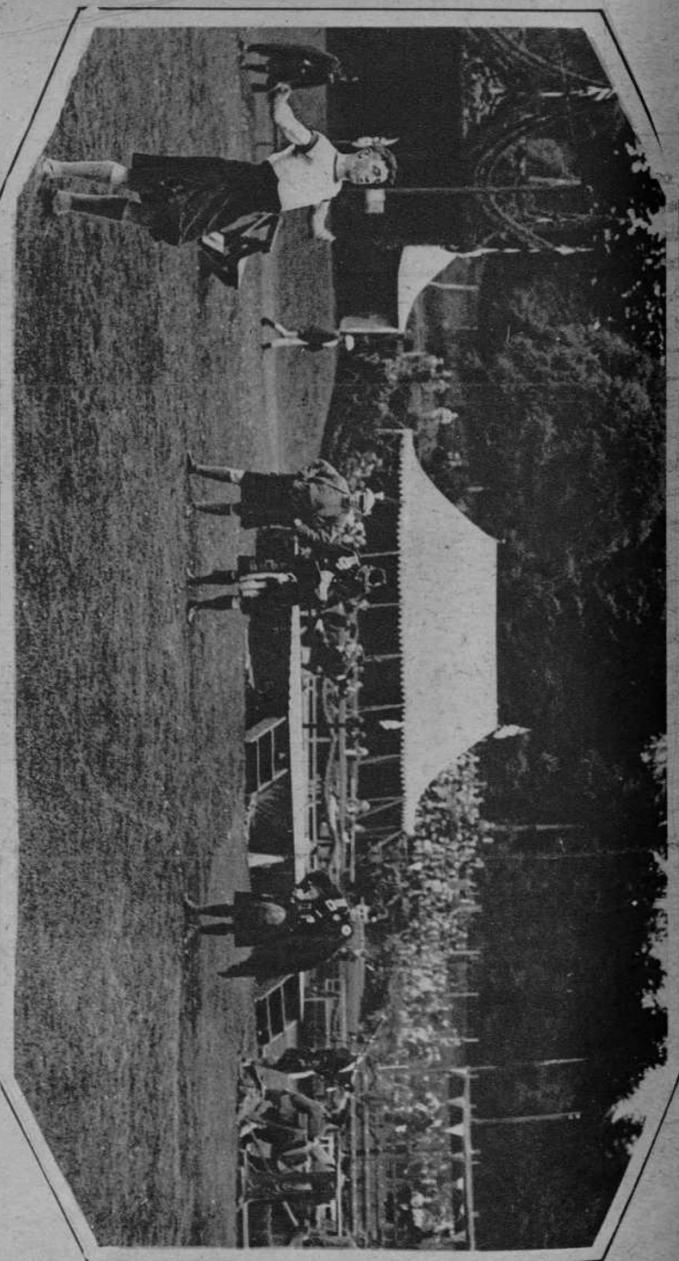
Después se celebró un banquete, en el que participaron sesenta "sommeliers", o escanciadores, de París, originarios del Medoc. El alcalde hizo un brindis demostrando, con estadísticas y aquellas catórces bodas, que en el Medoc, — tierra de vino y de bebedores—era donde se vivía más.



El rector del pueblo de San Julián, dando su bendición a los ancianos



El banquete del largo vivir y del buen vino



Cada año celebrase en Escocia los juegos atléticos llamados "Amoyne games", en los que, con los trajes tradicionales, los escoceses, ante los diques de York, bailan, saltan y se entretienen a ejercicios de fuerza y de destreza



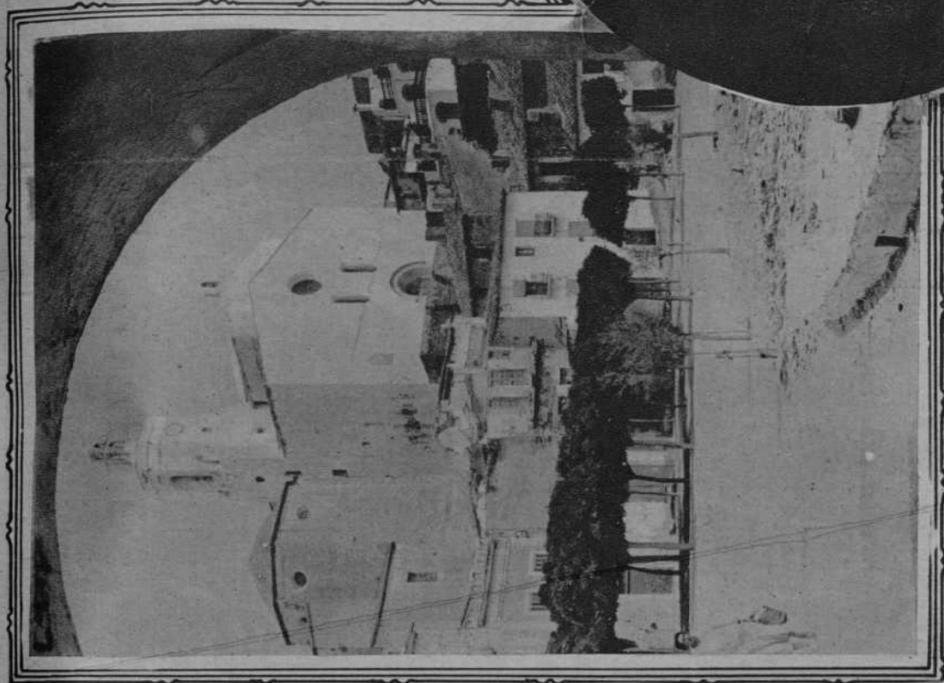
El campeón atlético escocés, R. Linn, gana el concurso del lanzamiento del martillo



Dos escoceses luchan vigorosamente

Cadaqués

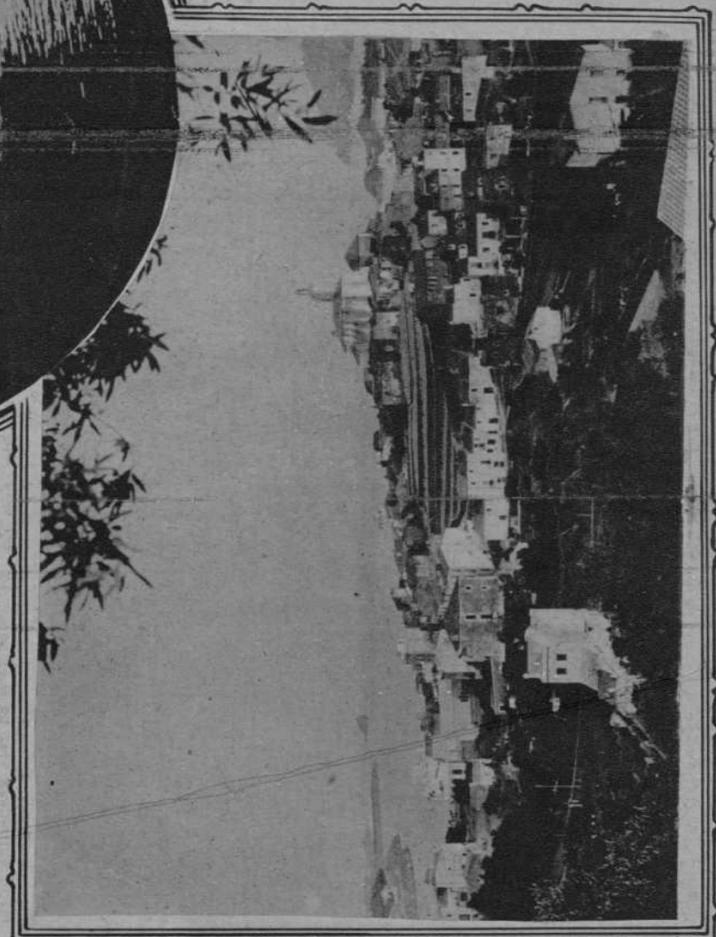
Sitges la blanca, se ha dicho. Conformes. Blanca y azul. Cadaqués la blanca, más preciso. Blanca immaculada. Blanca con tradición. Blanca por voluntad. Su lejanía ha hecho que Cadaqués no obtenga, todavía, pleno prestigio literario y turístico, pero ya van a ella los artistas—algunos ya se han radicando—y en la Costa Brava crece su prestigio blanco.



Vista general de Cadaqués

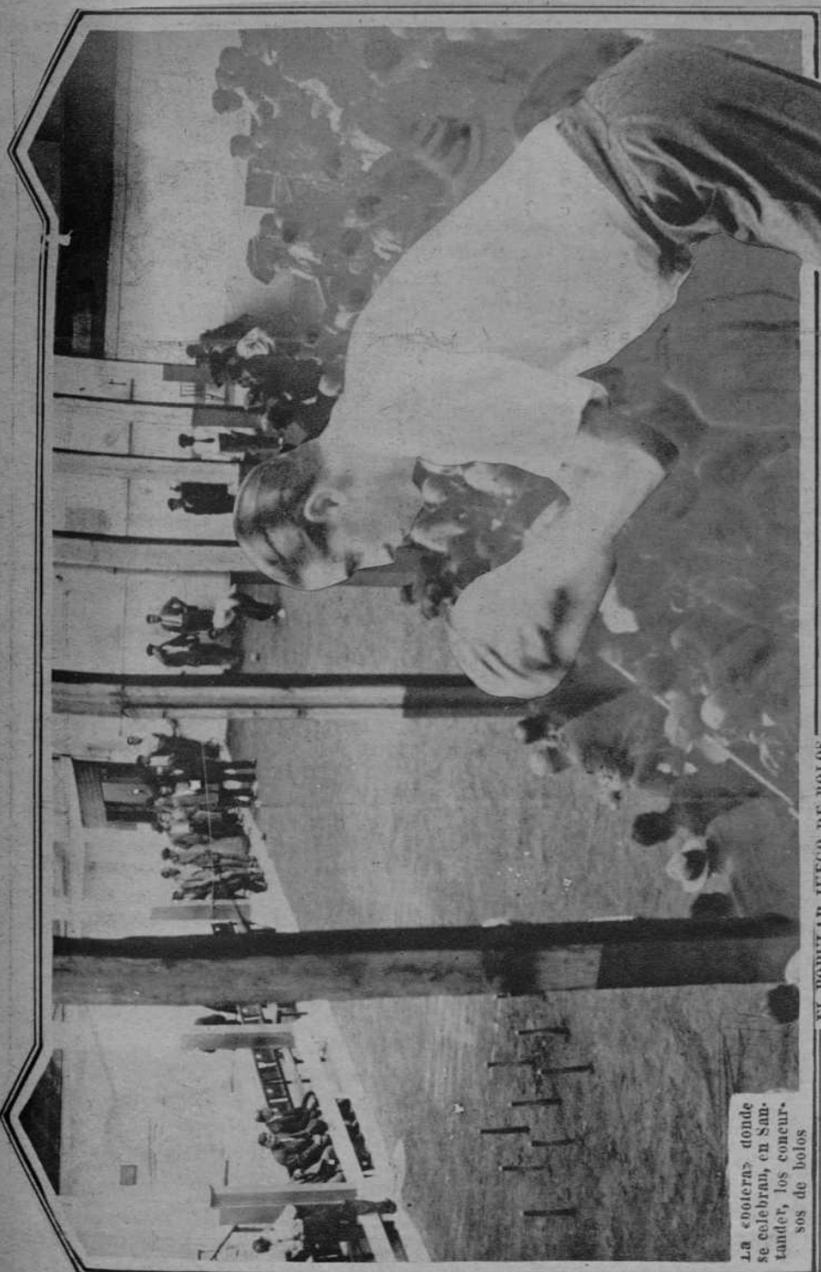


La Cueva del Infierno



La Iglesia

(Fotos Vilalta)

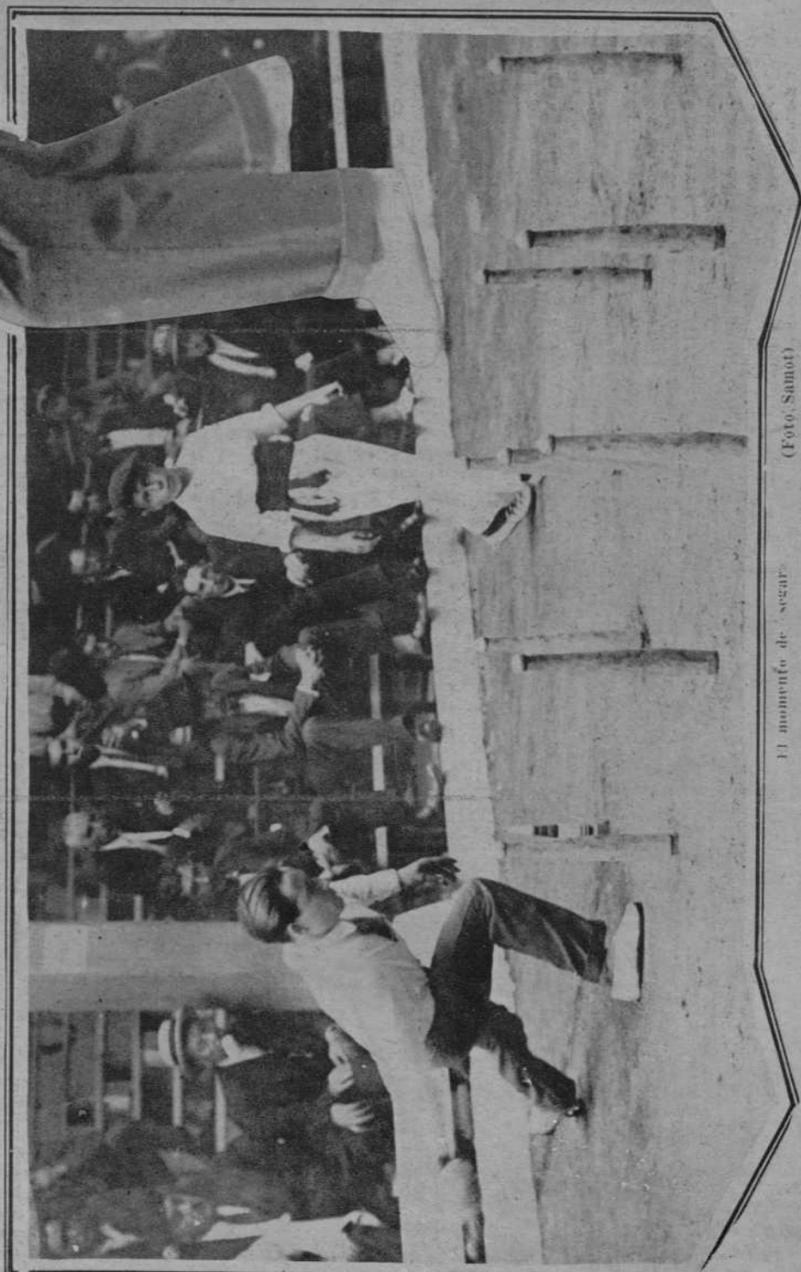


La «nocturn» donde se celebran, en Sabadell, los concursos de bolos

EL POPULAR JUEGO DE BOLOS

Es el Norte tierra de deportes populares y sencillos, en los que triunfan la energía o la habilidad. Las recatas entre gente marinera han adquirido tan renombre que los romeros vascos y montañeses, han conseguido valor literario y, sobre todo, pictórico. Abandonados a las regatas el juego de pelota y el de bolos y tendremos completa la trinidad deportiva popular del Norte

El campeón, señor Botín, preparando la jugada



El momento de «segar»

(Foto Samol)



Damas de la Reina



Napolitanas

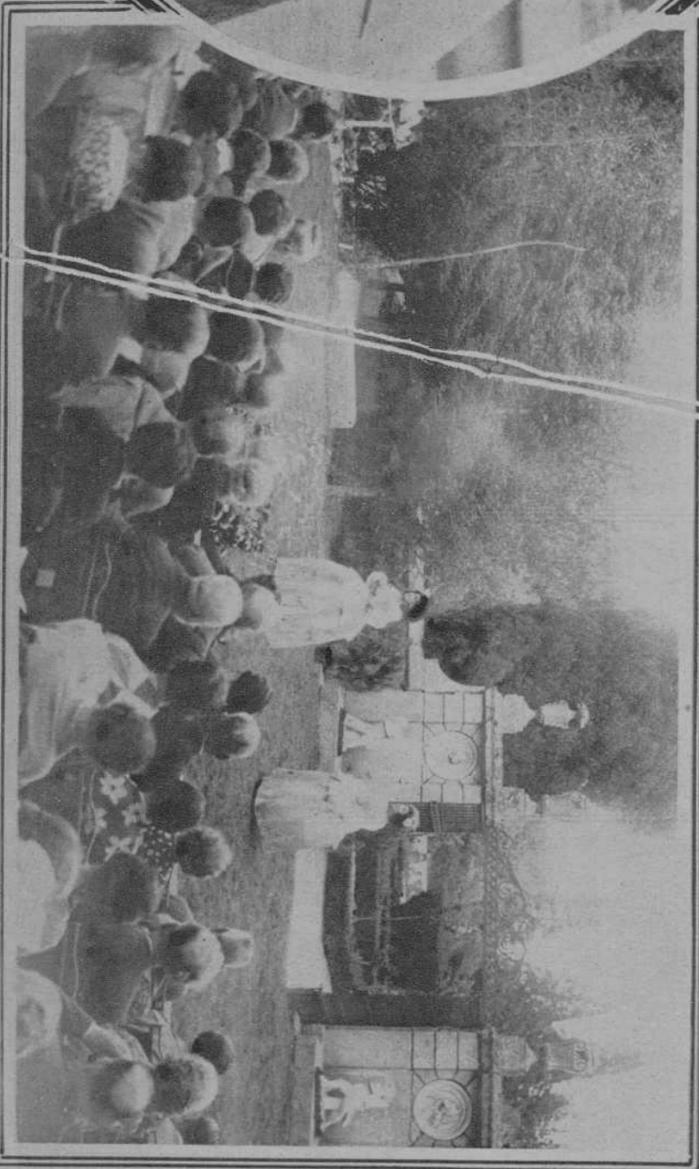


La Reina con el Rey Don Felipe IV

UNA FIESTA DE ARTE EN LOS JARDINES DE EL ESCORIAL
 Cada verano se realiza en El Escorial alguna fiesta de arte donde son evocados los tiempos de los Felipes. Así estos días se ha representado la farsa histórica "Llama de Amor", inspirada en las crónicas de la Corte del Rey Don Felipe IV "siempre de negro, hasta los pies, vestido". Indumentaria exacta, escena deliciosa y bella fiesta.



El Rey Don Felipe IV con el Conde de Villamediana



El escenario y el público



La Reina con el Conde de Villamediana

LA VERDADERA

LUZ



por J. OLIVER

(Ilustraciones de Passarell)

Vibra en el aire el tañido de las campanas, bulle el gentío en las de ordinario repositas calles de la ciudad provinciana; lucen los comercios, plazas y mercados en las luminarias de gala; reina el regocijo en las almas y en la atmósfera, como un sedante, se respira el perfume inefable de yodo del mar cercano. La muchedumbre se agita bulliciosa, hay risas y bolsillos propicios al desbordamiento, mujeres atareadas que efectúan provisiones para el nocturno festín, chiquillos aborrotados que son doblemente felices con la llegada de una fiesta solemne, hombres que experimentan la dicha egoísta de abandonar por unos días sus ocupaciones y gozarse en un hogar confortable y con apariencias de holgura, aunque sólo sea en esa ocasión del año.

¡Con qué reverencia aguardan chicos y grandes, poderosos y humildes, la Nochebuena que para todos es el emblema del hogar, de la alegría del buen vivir! Qué tristes, qué solos han de sentirse en estas horas los aventureros y los vagabundos! Qué delicioso parece, en cambio, el pastel humeante confeccionado por las manos de la esposa o de la madre, el ave cuyo aroma no sólo nos produce el delirio material y satisface nuestra gula sino que se potencia representando algo más alto y sublime, cual es el culto a la tradición.

Wladimiro había salido hastiado del Casino. El salón de tresillo, el de billar, la biblioteca, la sala de música, permanecían casi desiertos; sólo los criados y algún maníaco se hallaban en su puesto de costumbre; los otros, desde el más tronera al más formal, buscaron su rincón para pasar la noche clásica, desde la madre o la mujer, hasta la amiguita, menos diestra en las artes de cocina que en las del amor, fueron en busca del rescolido de un hogar, del que muchos se burlaban en todos los días del año menos en este.

Desambula Wladimiro entre el gentío y se siente hoy más que nunca molesto e inquieto. Con el pitillo entre los labios y las manos en los bolsillos del gabán, lento el paso y distraído el mirar, cruza plazas, anda calles y callejuelas huyendo de un bullicio que par-e perseguirle, y, a la vez, procura retardar, lo más posible, la llegada a su casa. Las moctas, portadoras de paquetes, que cruzan con él, abandonan por un momento el ajeteo de sus compras para echarle una ojeada llena de admiración, pero Wladimiro sigue indiferente su camino

ante los ojos que le contemplan. La admiración que seis años atrás le causara la belleza de aquellas mujeres, la impresión agradable de las costumbres típicas e incluso el murmullo del habla castellana, que tanto le agradara, se le antojaban ahora aburridos y fastidiosos. Todo lo posee, bien estar, una mujer buena y hermosa, unos chiquillos bonitos y sanos y en cambio su vida le pesa como una carga eterna y odiosa. ¡Ay, quién fuera libre como entonces! ¡Miserable, infeliz, pero libre para poder valor hacia lo desconocido! Este deseo es como una fiebre que lo invade, como una embriaguez que le exalta de pronto y se torna más fuerte de cada vez. Durante los últimos años el deseo permaneció dormido, aplacado, pero no muerto, y aquellas ansias que tantas locuras juveniles le hicieron cometer le atezan de nuevo.

Fué precisamente en las cercanías de Nápatís, de seis años antes, que hallándose en París, aburrido y fastidiado, le vino a la mente la idea de que una fiesta de Nochebuena en una pequeña ciudad española sería algo lleno de poesía y recogimiento y antes hecho que pensado se trasladó en veinticuatro horas a aquella población tranquila, llena de iglesias y conventos, de le-gendarios palacios y vetustos murallones. Se pasó, asistió a la misa de media noche y estuvo en la collera hasta ver salir el sol. Aquel ambiente placido y tranquilo le agradó. Era tan distinto al de las capitales que hasta entonces recorriera Viena, Londres, Hamburgo, Belgrado, con tener tan otros encantos, no poseían la sugestión de aquel rincón español, ni su delicioso clima mediterráneo. Se quedó allí unas semanas, pero antes de llegar al mes comenzó a aburrirse de nuevo, el paisaje ya no le cautivaba y entonces se interesó por las mujeres. Frente a la casa de huéspedes donde se hallaba instalado había un viejo cuarto y cada mañana desde su cuarto divisaba en el balcón frontero una mano blanca y afilada que regaba unas plantas; otro día comprobó que la dueña de aquellas hermosas manos era una muchacha peli-negra, esbelta, con unos ojitos grandes y soñadores que le miraban llenos de recato. Comenzó un idilio de balcón a balcón. En un mal castellano chapurrado de francés, que tampoco era su lengua nativa, escribió Wladimiro una misiva, recibió contestación y como la española le agradaba de cada vez más, pensó si habría llegado ya el

momento de la sensatez, de comenzar una existencia distinta. A la pasada, una vida plácida, burguesa, de trabajo, junto a una mujer tan mercedosa de amor como Margarita, y, atreviéndose a todo, pidió la muchacha a su padre. Hija única, romántica, mimada, aquella se había enamorado profundamente del príncipe rubio, con ojos de niño, que llegaba de lejanas tierras y si bien los padres se opusieron rotundamente, en un principio, ante los ruegos de la hija se aplacaron y prometieron indagar, llenos de purísimos temores de que hasta hereje pudiera ser el muchacho. Pero no, de origen eslavo era el chico, católico, hijo de una familia distinguida pero de esa fortuna; había llevado, tras un heroico comportamiento en la gran guerra, una juventud ociosa, llena de viajes y frecuentes peticiones de dinero a su madre, Don Andrés, el padre de Margarita, aceptó las relaciones con una condición: el futuro yerno trabajaría antes un año en su despacho y si ser-vo, Wladimiro se conquistó pronto la simpatía de todos y ahora, seis años después, su figura, su nombre y apellido exóticos, eran familiares a los del país; mas así como su cabello y sus ojos seguían siendo los de un extranjero y su habla no podría confundirse con la de los españoles nativos, había algo en su alma de eslavo que nunca, jamás, ni con todo el inmenso amor que le tenía, podría comprender su mujer; una inquietud que presto le hastiaba de lo que poseía, un deseo insaciable de novedades, un odio inmenso, irrefrenable, contra la monotonía. Todavía su vida había luchado contra ello y eran inútiles los esfuerzos, era un poder, más fuerte que él, que lo avasallaba y destruía todo. Allí, en medio de la calle, su resolución estaba ahora hecha como seis años antes, rápidamente, tomara otra en París.

Al llegar a su casa, Margarita se hallaba en el comedor ayudando a la doncella a preparar la mesa. Aquella noche debían venir invitados los abuelos y de la cocina llegaba ya el grato perfume de guisos suculentos. Wladimiro dio friamente las buenas noches a su mujer; ella le contestó llena de tristeza. Desde los últimos meses observaba algo extraño en la actitud de su marido, algo que no podía definir y a

zó a organizar la resistencia. El Estado Mayor, para el movimiento militar. El, para aportar hombres y pertrechos, actuando de animador. Ha sido conservada la cinta de la conferencia telegráfica que sostuvo con Cromstadt. Es un documento que prueba todo el carácter de Lenine. Si Kerensky lo hubiera tenido, Rusia no hubiese pasado once años de terror, de dictadura de un partido y de hambre:

- Aquí, Lenine.
- Aquí, el presidente del Comité Central de las escuadras del Báltico.
- ¿Qué pasa en Petrogrado?
- Las tropas de Kerensky están en Gatchina. Como una parte de las tropas de Petrogrado están fatigadas, tenemos necesidad imperiosa de refuerzos.
- ¿Y qué más?
- Yo creía que en vez de preguntar ¿qué más?, se declararía dispuesto a obrar y a batirse.
- Lo creía innecesario. Estamos dispuestos a todo.
- ¿Tiene reservas de municiones para fusil y ametralladoras? ¿En qué cantidad?
- Aquí está el presidente del Soviet militar, el comandante Mikailof, que le contestará. ¿Cuántas bayonetas necesita?
- Las más posibles, pero sobre todo, hombres seguros, dispuestos a batirse. ¿Cuántos tiene usted así?
- Cerca de cinco mil. Se los puedo enviar en seguida.
- ¿Dentro de cuántas horas los podemos tener en Petrogrado?
- De veinticuatro.
- ¿Por tierra?
- Por ferrocarril.
- ¿Puede aprovisionarlos?
- Los víveres no faltan. Tenemos, también, 356 ametralladoras y un pequeño número de cañones.
- Le ordeno, en nombre del Gobierno, que nos envíe inmediatamente todo eso.
- Muy bien... Aquí, en el aparato, está el vicepresidente de la escuadra del Báltico.
- ¿Cuántos cañoneros y barcos de guerra puede mandar a Petrogrado?
- El crucero "República" y dos cañoneros.
- ¿Con víveres?
- Sí. La escuadra tiene víveres. Nada tema respecto a nuestro auxilio. Todo será irreprochablemente ejecutado.
- ¿En cuántas horas?
- En diez y ocho, lo más. ¿Hay que hacer los envíos en seguida?

miento del orden en Rusia, ha asumido, con fecha 7 de noviembre, todo el Poder en la región del Don."

ATAMAN KALEDIN
Presidente del Gobierno de las tropas cosacas.

Kerensky, desde Gatchina, población situada a unos 30 kilómetros de Petrogrado, lanzó la suya:

"Yo, presidente del Consejo del Gobierno provisional y jefe supremo de todas las fuerzas armadas de la República rusa, notifico que he asumido el mando de las tropas del frente fieles a la patria.

Ordeno a todas las tropas del Distrito Militar de Petrogrado, que, por ignorancia o aturdimiento, se han unido a la banda de traidores al país y a la revolución, que vuelvan, sin perder un ahora, al cumplimiento de su deber."

KERENSKY

Era la batalla decisiva. Kerensky había ido a Pskow, después a Ostrov, donde halló en los generales una indecisión desalentadora. Por último halló al general Krasnov. Pero en Ostrov, la guarnición era bolchevique, y rodeando a los soldados leales, los conminaba a abandonar a Kerensky, que salió de Ostrov en medio de una soldadesca insultante, rodeado su auto de cosacos. El tren militar que pudo formarse, no recogió más que unos seiscientos cosacos y unos cañones. Con estas fuerzas, el jefe del Gobierno caído quería recuperar Petrogrado, ignorando que la ciudad estaba ya en poder de los bolcheviques. Del frente no llegaban más que telegramas, pero no tropas. Al fin, entró en Gatchina un tren blindado, con cañones y sin soldados. ¿A qué obedecía aquel retraso? Kerensky lo supo pronto. En el frente se desarrollaban luchas entre soldados bolcheviques y mencheviques, los desertores huían a millares, atentos a las llamadas del Gobierno bolchevique que lanzaba radios anunciando la paz y la necesidad de que los soldados fuesen abandonando el frente. Los Ferroviarios, además, habían comenzado a cumplir su acuerdo de no conducir tropas de ninguno de los dos bandos.

Kerensky quería avanzar rápidamente y tomar Tsarkoieselo, a lo que el general Krasnov se oponía. Se esperó un día, en negociaciones con los bol-

matiposa. Andrés, el mayor, dormía vestido, sobre la cama clara, en espera de que lo llamaran para la cena de media noche, y Edith, la pequeña, aconchaba entre el embozo su cabecita rubia y rosada. Wladimir se acercó primero al muchacho y poniendo su rostro junto al suyo le besó fuertemente.

El niño abrió los ojos.

—Papá, papá—murmuró.

—Andrés, pequeño, un beso.

El niño, medio dormido, palpó el abrigo de su padre.

—¿Te vas, papá?

—Sí.

—¿Volverás?

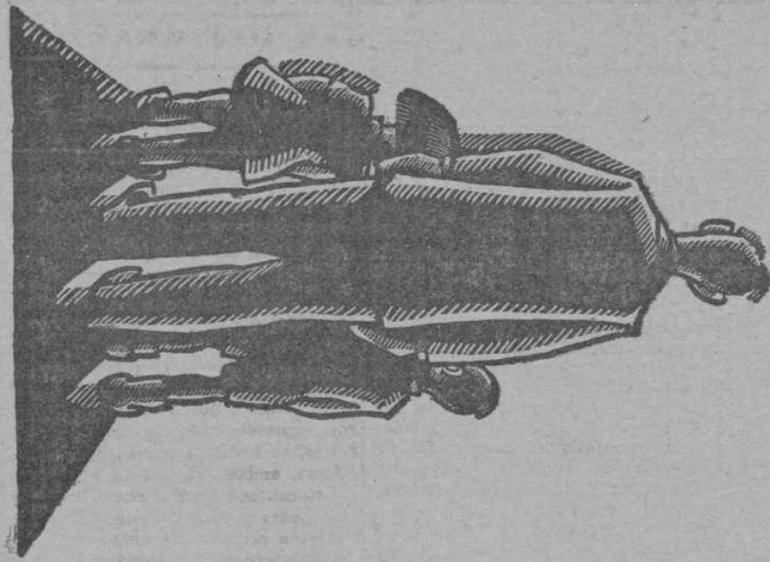
—No. Mañana le dirás a mamá esto: Papá no volverá. Me pidió que le perdonaras.

—Papá, no quiero que te marches—regresa llorando el niño y pone al cuello de su padre la amorosa cadena de sus brazos—; no te vayas—suplica.

—Es una broma. Adiós Andrés—contesta desahucándose del chiquillo y besándole los ojos negros llenos de lágrimas.

Se acerca luego a la cuna, donde la pequeña Edith descansa e intenta besarla. La niña, un muñeco de poco más de dos años, está despierta y sus ojos azules, enormes, le miran coléricos.

—No quiero que papá marche, no quiero. Wladimir conoce el carácter violento de su hija, sus rabietas y nerviosidades.



—¿No quiero, no quiero—tepite airada, Wladimir intenta acariciarla y baja su rostro hacia el de la niña. Pero, de pronto, como pudo ser, las uñas felinas pasan como una hoja cortante por sus ojos, el padre no puede reprimir un gesto de dolor e instintivamente se lleva la mano a ellos. La chiquita, temerosa de la reprimenda que la aguarda tras el mal hecho, comienza

a llorar y esconde la cabeza bajo la almohada, el niño salta de la cama y se coge a las piernas de su padre.

—¡Quiéto—ordena éste—, quietos los dos decen siempre.

Wladimir entra en su habitación cerrando la puerta tras sí, llega hasta él el lloro sofocado de los pequeños. Trata de separar las manos del rostro pero una densa nube le cubre los ojos; no ve nada, siente sus manos húmedas de algo viscoso, tibio, que indudablemente es sangre. Sollozando se tumba sobre la cama no sólo atormentado por el desgarrador dolor de los ojos, al que resiste insensiblemente, sino por un sufrimiento moral más hondo. Sí. Ahora, en las tinieblas, que quizás fueran eternas, más que a plena luz, advirta y mide lo inmenso de su resolución. Esa herida, es un castigo, una pena justa que él de muchacho había llamado al cielo. Como si hubiera sido en esta noche, con la estidud que, las tinieblas o la ceguera inundan a cosas pretéritas, recordaba veinticinco años antes, un hogar noroño, un salomito tibio con una estufa enorme donde crepitaba la leña, un árbol de Noel, a punto de encender las candelitas, el rostro juvenil y perfumado de su madre que le había besado engañándole piadosa.

—¿Tú vienes de la calle, madre, estás fría.

—Oh, no, hijo, vengo de la cocina, había mentido para luego dar sorpresa al hijo

con las compras efectuadas. Recordaba que leyendo un libro de cuentos, él que se creía ya un hombrecito, se había quedado dormido en el butacón junto a la chimenea y entre sueños sintió su frente rozada por unos labios y una voz que decía: "Adiós, hijo". Le declararon dormir y no hubo árbol de Noel aquella noche. Al día siguiente su madre lloraba, llena de oprobio; le dijeron que el padre la había abandonado, marchando a la ventura y en sólo quince días después, anciano ya, volvió al hogar como a un refugio. En su inocencia, ante la tristeza de su madre, había asegurado Wladimir lleno de convicción "Antes morir de manos de mis hijos que hacerles tan desgraciados como yo fui". Y he aquí que el fatal atavismo, el insano deseo, la inquietud devastadora le había puesto en el umbral de dejar esos hijos y aquella mujer que tanto luchó para tenerle por compañero.

El intenso dolor le hacía morderte los labios hasta sangrar. Fiebrilmente se levantó, era necesario que nadie advirtiera. A ciegas fue quitando objetos de la maleta y guardándolos dificultosamente, tropezaba con los muebles, sus manos torpes palpaban los objetos y tardaban en hallar los sitios. Por fin, vacía la maleta, la escondió en el cuarto orpero, su sitio de costumbre. Después volvió de nuevo junto a los niños sosteniendo un pañuelo ante los ojos.

—Nenes—lloró.

No respondían, por los sollozos se guió y les dijo:

—Dadme las manos y no lloréis, eso pasará. Andrés, anda, acompáñame al comedor.

—Sin chistar, el niño metió su manecita entre la suya.

—Todo lo que dije antes fué una broma, Andrés, no lo viste en seguida, tontín. ¡Ah, y sobre todo, no le digas nunca a mamá que fué la nena quien me hizo daño en los ojos! He sido yo tropezando... ¡Pobre nena, nunca comprenderá el bien que os hizo—y ahogado—, pase lo que pase! A ve- pleno luz, Anda, niño, vamos allá.

El pequeño le miraba aborrazo, sin comprender...

(De nuestro Concurso de cuentos.)

con las compras efectuadas. Recordaba que leyendo un libro de cuentos, él que se creía ya un hombrecito, se había quedado dormido en el butacón junto a la chimenea y entre sueños sintió su frente rozada por unos labios y una voz que decía: "Adiós, hijo". Le declararon dormir y no hubo árbol de Noel aquella noche. Al día siguiente su madre lloraba, llena de oprobio; le dijeron que el padre la había abandonado, marchando a la ventura y en sólo quince días después, anciano ya, volvió al hogar como a un refugio. En su inocencia, ante la tristeza de su madre, había asegurado Wladimir lleno de convicción "Antes morir de manos de mis hijos que hacerles tan desgraciados como yo fui". Y he aquí que el fatal atavismo, el insano deseo, la inquietud devastadora le había puesto en el umbral de dejar esos hijos y aquella mujer que tanto luchó para tenerle por compañero.



CANIBALES POR METAFORA

Un extranjero. — ¿De qué viven las gentes en este país?

El pastor. — De legumbres en invierno y de los extranjeros en verano.

cheviques. Tsarkoieselo fué tomado el día 10, sin resistencia de las numerosas tropas que lo guarnecían. Pero ya se había perdido un día, perdiéndose la presión fulminante necesaria para contrarrestar la actividad extraordinaria para los bolcheviques. Precisaba audacia, y no la tenían más que los bolcheviques. La vacilación continuaba en el campo de Kerensky.

Al anuncio del "raid" de Kerensky, los bolcheviques respondieron con una movilización general de los espíritus y de los cuerpos. Como en los días de Kornilof, viejos y niños tomaron las armas, y hombres y mujeres se dirigieron a las afueras para abrir trincheras. Trotsky y el Comité Militar Revolucionario, lanzaron una proclama:

A TODOS LOS SOVIETS DE BARRIO DE DIPUTADOS Y A TODOS LOS COMITÉS DE FÁBRICA

"Las bandas kornilovistas de Kerensky amenazan las proximidades de la capital. Han sido dadas las órdenes necesarias para que sea aplastada sin piedad esta intentona contrarrevolucionaria, dirigida contra el pueblo y sus conquistas.

Ordenamos a todos los Soviets de barrio y a los Comités de Fábrica:

- 1.º El envío del mayor número posible de obreros para cavar trincheras, levantar barricadas y colocar alambres espinosos.
- 2.º La inmediata interrupción, si es preciso, del trabajo en las fábricas
- 3.º La reunión de todo el alambre sencillo o espinoso disponible, así como de todas las herramientas necesarias para construir trincheras y levantar barricadas.
- 4.º Pertrecharse con todas las armas disponibles.
- 5.º Observar la más rigurosa disciplina y encontrarse preparados para sostener por todos los medios al ejército de la revolución."

La Duma, donde se concentraban todas las fuerzas antibolcheviques, que eran la mayoría de la población, constituida en sesión permanente, llevando la batalla por medio del Comité de Salud Pública, lanzó un contramanifiesto:

A LA POBLACIÓN DE PETROGRADO

"¡Comaradas obreros, soldados y ciudadanos de Petrogrado revolucionario!

Los bolcheviques, al mismo tiempo que reclaman la paz en el frente, incitan a una guerra fratricida en la retaguardia.

¡No escuchéis sus llamamientos provocadores! ¡No abráis trincheras! ¡Bajad las armas! ¡Abajo las barricadas traidoras! ¡Soldados, volved a vuestros cuarteles! ¡Las matanzas de Petrogrado significarían la muerte de la revolución!

En nombre de la libertad, de la tierra y de la paz, formad un bloque en torno del Comité para la salvación de Rusia y de la revolución."

Los obreros se lanzaron a construir trincheras, los guardias rojos y los soldados seguían armándose. En todas las fábricas y en todos los cuarteles, se celebraban mítines y se votaban proposiciones, para decidir si se apoyaba o no al nuevo Gobierno. Los jefes bolcheviques, sucios, somnolientos, roncós, enardecidos, sin embargo, acudían a todas partes donde hacía falta un argumento, un grito, una presión. Así consiguieron la adhesión del regimiento de autos blindados. Así, la neutralidad de los cosacos. Así, la neutralidad de otros regimientos. La Duma, en tanto, hablaba. Tenía en sus manos el poder estrangular el golpe de Estado bolchevique y no supo hacerlo. Contaba con los estudiantes, con los alumnos militares, con las asociaciones de oficiales, con algunos regimientos dudosos que se hubieran inclinado por la Duma, ante una acción enérgica, con las organizaciones militares de los mencheviques y los cadetes, y no acertó a conseguir ni unidad ni audacia. La Duma no sabía nada de Kerensky, ni éste de la Duma. La Duma ignoraba lo que ocurría en el frente y el frente lo de Petrogrado.

Los bolcheviques obraban a puñetazos. El coronel Muraviof fué nombrado gobernador militar de Petrogrado. Era un hombre enérgico y autoritario, que había organizado los batallones de la muerte cuando la ofensiva de Kerensky. Ahora veía la audacia y la acometividad en los bolcheviques y se ponía a su servicio. Amaba la autoridad y la servía donde la encontraba. Podvoiski fué nombrado comandante en jefe. Lenine, cuidaba del trabajo de organización.

Sobre todos, ministros, jefes militares, delegados soviéticos, estaba la voluntad de Lenine. Podvoiski, llegó a enojarse de las intromisiones de Lenine y presentó la dimisión.

—Está bien. O continúa trabajando conmigo, o irá usted ante el tribunal del partido y lo fusilaremos.

Cuando Lenine supo que Kerensky había entrado en Gatchina, comen-

POETAS Y ESCRITORES NOVELES

El libro y la cultura

La primera y más fundamental base de toda instrucción y cultura es la observación directa de los hechos y de las cosas.

Sobre estos elementos primarios de nuestra conciencia se agruparán después todas las clases de conocimientos para formar nuestra personalidad. Mas la observación directa y personal es cada día más insuficiente para proporcionarnos por sí sola, no ya una amplia cultura, sino una mediana instrucción y conocimiento del mundo en que vivimos.

Así vemos que, desde los tiempos más remotos, el hombre ha sentido la necesidad de aprovecharse de la experiencia de los demás para enriquecer su caudal de conocimientos. De esta necesidad nacieron todos los centros de instrucción y cultura, desde las escuelas primitivas y más rudimentarias hasta las actuales universidades. Centros, cuya principal objetividad ha sido la de transmitir conocimientos verbalmente por personal idóneo y capacitado para dedicarse a la enseñanza de la juventud.

Ciertamente que desde la aparición de la escritura se ha venido utilizando este medio de instrucción. Mas instruyendo tan prodigioso para la cultura y civilización de la Humanidad ha permanecido por muchísimos años limitado a servir solamente a un reducido número de individuos; pues los libros en su principio eran difíciles de adquirir, por su escasez y elevado precio.

Aun después de la imprenta, el libro no ha adquirido, hasta la época actual, el desarrollo necesario para poder llegar al pueblo. Hoy, puede decirse que el libro se encuentra al alcance de todos, pues su multiplicación asombrosa, su precio reducido y la instrucción cada vez mayor que va teniendo el pueblo le capacita para servirse de él y aprender sus enseñanzas.

Para esto la riqueza y variedad de la literatura es insustituible como fuente de placer, en la que todo espíritu, más o menos cultivado, puede encontrar, según sus gustos e inclinaciones, horas de verdadera satisfacción y contento de la vida.

Otro aspecto no menos atractivo e importante del libro es el de contribuir tan eficazmente a nuestro enriquecimiento intelectual. Se ha dicho que el libro es la universidad más universal, y puede augurar que en sus páginas se halla la solución del problema de la cultura general. Ampliando el círculo de nuestros conocimientos, el libro nos ofrece infinitos puntos de partida para nuestras reflexiones, presentándonos un horizonte indefinido de problemas absorbentes llenos de atractivo, de emoción y de utilidad.

El mundo de nuestros deseos y aspiraciones, como por la mano y nos sumerge en el mundo de nuestros deseos y aspiraciones intelectuales: gozos incomparables a cualquier otro. Con él hacemos los viajes más emocionantes e instructivos: descubrimos cosas insospechadas y ofreciéndonos a cada momento ocasión para elevarnos en nuestras reflexiones y razonamientos. Si queremos penetrar en la Historia, él nos llevará hasta las épocas más remotas, dándonos a conocer la vida y costumbres de todos los pueblos que han pasado por los diferentes países de la tierra. En el estudio de la Naturaleza, nos dará a conocer la vida y evolución de la Tierra, con todos los misterios y encantos que encierra; nos llevará, asimismo, a los espacios infinitos, dándonos a conocer la existencia de otros innumerables mundos que giran, se relacionan y ordenan por fuerza misteriosa en el concierto universal. Las obras de arte, las ciencias, cuanto ha producido de más valor y mérito el ingenio humano, todo está hoy a nuestro alcance en el reducido espacio de una biblioteca.

X, por último, aun tiene el libro otro mérito insuperable: él es nuestro inspirador, nuestro mentor sábio y desinteresado que nos guía y conduce sabio y acertadamente en la conducta de nuestra vida, poniendo ante nuestra vista los ejemplos más revelantes en la virtud y el mérito y los consejos más sabios de los hombres eminentes.

El hombre, pues, que no le renuncia voluntariamente a todos estos bienes, estrecha su horizonte espiritual, retrocede varios siglos en la evolución cultural de la Humanidad. Y es frecuente que para querer justificar su pereza intelectual, si tiene una mediana instrucción, se cree capacitado para entender de todo, cerrando así sus ojos para no enterarse de nada. Se ilimitará, pues, a juzgar por la opinión de los demás, renunciando poco a poco a su independencia mental, veniendo por la sugestión de impresiones ajenas.

Libros, hemos de decir: Si nuestra ocupación profesional tuviera el selecto de elegancia con arreglo a nuestra vocación y aptitudes, es indudable que nuestras inclinaciones nos llevarían a conocer a fondo el asunto que más nos interesa en ambos sentidos; pero, al mismo tiempo, no debemos descuidar nuestra cultura general para no privarnos de los gozos intelectuales que en otros diversos sentidos podemos alcanzar, al mismo tiempo que en la vida social nos capacitamos para comprender a los demás hombres, pudiendo entender nuestras relaciones a mayor número de nuestros contemporáneos; pues los hombres se aprecian, simpatizan y entienden por lo que tienen de común en su cultura, en sus sentimientos y en sus ideales.

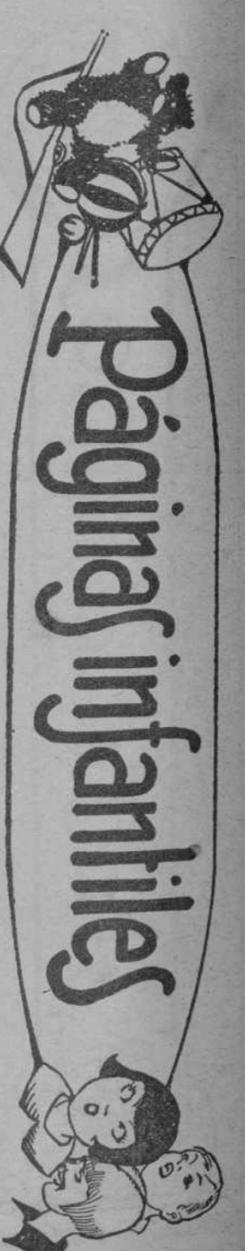
NOCTURNA

Noche callada. Titila la luna en la superficie pura del lago cuyas aguas onduladas por la espuma de múltiples colores, cual lebrado de Neptuno, se mecen lentamente susurrando canciones lentamente.

Una su voz a las aguas un jular entonando su cantata amorosa. La sutil trova no cesa de escucharse una linda doncella ruborosa que tras su reja arrogancia admira y del trovador la arrogancia admira.

Sufre un infinito amor la doncella por el hermano trovador que canta una romance, exquisita y bella, que, por ruborosa, en silencio guarda. Y al oír ansiosa, de amor la trova, viendo un imposible en silencio llora. RAUL MIGUEL

La luz crepuscular entra difusa, incierta y vaga, llena de misteriosas visiones que mi mente no puede conocer. Es una tarde triste, eterna y melancólica empapada en un vaho de tristeza infantil, trayendo la calleja, desierta y silenciosa, recuerdos y sandalias del ayer. Encharcada en la lluvia tiene ahora un algo de horrible y de sombrío. Inquietud que acorruja. Hay ansia en mí de huir que me envuena, porque no encuentro paz lo espiritual. ¿Vivir? ¿Morir? Es muy grande mi pena y el pensar con cordura es condena. esta tarde fatal. J. BENDICHO BALAGUER



Páginas infantiles



CARLOS LINNEO

Este sabio naturalista sueco, nació en Rasmult, provincia de Smaland, en 23 de mayo de 1707. Hijo mayor del conde y después párroco de su pueblo, empezó sus estudios en la escuela primaria de Westby, y más tarde en el Gimnasio, donde aficiónase a la Botánica, descuidando, en cambio, los demás estudios para emprender la carrera eclesiástica, a la que se le destinaba, hasta el punto de que, a los diez años, pensó su padre en que abandonara las escuelas para dedicarse al oficio de zapatero o al de sastre.

Gracias a la intervención del doctor Rotham, médico de la ciudad, Linneo contrahió sus estudios, aprendiendo del mismo algunas nociones de filosofía; pasando en 1727 a estudiar medicina en la Universidad de Lund, y un año después a la de Upsala, donde tuvo que luchar con la escasez de recursos.

Habiendo contraído amistad con el profesor de Teología, doctor Olof Celsius, éste, atraído por los conocimientos de botánica que reconoció en Linneo, que nunca había abandonado su predilección por esta ciencia, le proporciónó manutención y alojamiento para que le ayudara en sus estudios sobre las plantas de la Biblia.

Los trabajos de Sebastian Vahlant sobre la estructura de las flores, llamaron la atención de Linneo, y le indujeron a examinar cuidadosamente los estambres y pistilos; esto le hizo reconocer la excepcional importancia de estos órganos y concebir la idea de fundar en ellos un sistema de clasificación que más adelante llevó a la práctica.

Un libro de Wallin, le inspiró el pensamiento de escribir un breve tratado sobre el sexo de las plantas. En la primavera de 1730, empezó Linneo a dar explicaciones de Botánica como adjunto del profesor Olof Rudbeck, ocupándose, al propio tiempo, del jardín de la Universidad, que reformó enteramente y dotó de gran número de especies nuevas.

En 1732, por encargo y a expensas de la Academia de Ciencias de Upsala, emprendió un viaje de exploración científica a Lapponia, recorriendo más de 8,000 kilómetros. Invitado por el gobernador de Dalecarlia a hacer un viaje de exploración semejante al de Lapponia, Linneo, dió, durante este viaje, una serie de conferencias que se vieron enormemente concurridas.

Seguendo el consejo del obispo de Abo, salió de Suecia en 1735, y se dirigió a Lintoch y Hamburgo a Harderwijk, Holanda, después de sufrir los exámenes de sus tesis sobre el examen de las flores femeninas.

Después de algunos años de recorrer diferentes países en viaje de estudios, llegó a Estocolmo, en donde se estableció como médico, procurándose, poco a poco, una gran clientela; en 1739, contrajo matrimonio con Sara Morzen, y más tarde, en 1741, fue nombrado por una cátedra de Medicina en la Universidad de Upsala, que al año siguiente cambió por la de Botánica.

Antes de este cambio había viajado en misión oficial por Oland y Gotland, cuyos resultados hizo públicos en una obra en cuyo índice se emplearon por primera vez los nombres específicos. Desde entonces empleó Linneo toda su actividad en la enseñanza, los trabajos científicos y las publicaciones que desde hacía algunos años había dejado, para dedicarse exclusivamente a la Botánica, dedicándose, también, al estudio de la Zoología.



LA PERDIZ

Entre la familia de las gallináceas, el ave que representa un importante papel entre las de la caza, es la perdiz una de las más bellas y estimadas especies europeas de este orden, aun cuando no lo parezca, tanto por lo frecuente que es en nuestros montes y colinas de caza.

La especie que vive en toda la Península Ibérica, es propia del Sur de Europa, aunque hoy se encuentra también en Inglaterra, donde fué acclimatada con éxito hacia el año 1770.

Es conocida su costumbre de andar en bandos pequeños, excepto en los meses de abril y mayo, cuando están en celo y los machos se pelean por las hembras. Aunque más insectívora que granívora, la ley autoriza su caza, prohibiendo el uso de reclamo, lo que no impide que este procedimiento tenga muchos partidarios.

La caza en mano, aun cuando sea con perros bien enseñados, tiene cierto mérito, por la costumbre que el ave tiene de capear, esto es, de correr entre las matas escondida hasta ponerse fuera de tiro, y entonces salir volando rápidamente y cuando menos se piensa.

El cazador experimentado, procura que dé varios vuelos antes de tirarle, y así acaba por cansarla y venarla en mejores condiciones para asegurar el éxito.

En el Norte de Africa y en Canarias hay otra especie del mismo género. La perdiz moruna, abundantísima en Marruecos. Sus costumbres difieren un poco de las de nuestra perdiz; cuando se la caza, permanece apagada al terreno casi hasta que se la pisa, y entonces sale volando ruidosamente, chillando con fuerza y posándose de nuevo antes de dar tiempo a tirarla; pero cada vez que se posa, apeona velozmente, y nunca se sabe a donde va a volver a salir.

Por esta razón los moros, cuando cazan, acostumbran ir dando gritos y tirando piedras, o bien usan perillitas muy revoltosas y ladadoras; de este modo el bando se descubre más lejos y menos de improviso, dando más lugar a que se le tire.

Hay otra especie, la «perdiz de California», que vive en las praderas de la América del Norte, que si bien no es una verdadera perdiz, se asemeja mucho a éstas por sus costumbres y su carne exquisita, muy apreciada por los buenos «gourmetts».

R. S. N.